

“Una *LUZ* grande”

(Is 9, 1)



PARROQUIA DE SANTA MARÍA MADRE DE DIOS. TRES CANTOS (MADRID)

Guía para Contemplar

el Nacimiento

“Una luz grande”

(Is 9, 1)

Nuestra tradición de colocar el Nacimiento quiere expresar visualmente la **Palabra de Dios** que anuncia el alumbramiento de Jesús en una cueva, junto al portal de Belén. Estamos viviendo un año duro, con dolor para muchas personas; un tiempo de penumbras que nos hace esperar una Navidad distinta, más sombría.

Este año nuestro nacimiento parroquial recoge lo esencial de la Navidad: el misterio de la familia de Nazaret en la noche de Belén; “sólo Dios basta”, como escribió nuestra santa Teresa de Jesús. Queremos que sea **una palabra viva de esperanza**, que nos grite con la voz del profeta Isaías: “el pueblo que caminaba en tinieblas **vio una luz grande**” (Is 9, 1). Es el cumplimiento de la promesa divina el que enciende la noche de Belén —y también nuestras noches en la vida— con la luz que brilla en el Niño Jesús, “envuelto en pañales, acostado entre paja sobre un pesebre” (Lc 2, 7).



Si percibimos sombras en la realidad actual es porque la luz las proyecta como pérdidas, al iluminar nuestra fragilidad. Por eso, esta Navidad, con más necesidad que nunca, te invitamos a que **orientes tu mirada** hacia la Luz del amor de Dios y contemples el Nacimiento, fuente de toda esperanza. Te proponemos

que **medites sobre las actitudes de fe, esperanza y amor** que guiaron a María y a José hasta la cueva de Belén. Y que **viajes con el corazón a Judea** y te acerques a esta única escena, para confiar y dejarte guiar por **esa luz del Espíritu**, que viene del Cielo, y nos lleva hasta Jesús: ese Niño que nos trae la Esperanza y nos cambia la vida.

Que tu respuesta sea **adorarle**, “con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser” (Mc 12, 9) , como le adoraron los pastores y los Magos de Oriente; y le entregues como presente tu persona, para **encender la Esperanza** en los demás.

✠ ★ ¡Feliz Navidad! ★ ✠

¿Cómo llegamos aquí?

Al contemplar el nacimiento observarás que hay un gran espacio vacío, desierto de las figuras de otros años. Es una invitación para que, llevado en volandas por tu imaginación, cruces la distancia que te separa en la historia de aquel momento y te posiciones sobre el terreno. Viaja a Judea con el corazón. Sube a las montañas donde se agarra la aldea de Belén. En su portal, dentro de una cueva, está la familia de Nazaret. **Pasea con los ojos** hasta allí...

La noche arropa este momento íntimo del nacimiento de Jesús. El silencio de la madrugada tan sólo es rasgado, de cuando en cuando, por el mugido del buey y algún rebuzno asilado de la mula. María y José se susurran algunas palabras, con voz queda, para no desvelar el sueño del recién nacido. José lo sostiene en sus manos y ambos no apartan un instante su mirada de aquel niño, el hijo que María ha alumbrado, como Dios les había anunciado.



Este sosiego contrasta con el bullicio de estos días en la pequeña ciudad de David, aquel pastor jovenzuelo que, por su fe, Dios coronó rey de su pueblo. Un deambular de gentes, llegadas de toda Palestina, abarrotan la localidad. Buscan alojamiento. Las más pudientes o afortunadas —las menos— alcanzaron a encontrar un lugar decente al abrigo de la posada local, que se ha visto desbordada. El resto, —la mayoría—, agrupadas en clanes familiares o de viajeros, sembraron sus tiendas por cualquier rincón, cubriendo las calles de cierto desorden organizado, como si de un campo de refugiados se tratase.

Bruscamente, de un día para otro, **la vida de los israelitas se alteró** al dictado del decreto del emperador Octavio Augusto. Quería contarlos en *“el primer censo que se hizo”* (Lc 2, 1-2), como toma de posesión simbólica de un extranjero y carga de impuestos adicionales. Aquí nadie escapa a los designios caprichosos del poderoso César de Roma, proclamados por su gobernador Quirino. María y José, tampoco. Con todo preparado para el parto cercano, como una familia normal, se convirtieron de repente en migrantes forzosos, y han subido desde su hogar, en la fértil Galilea, hasta las áridas montañas de Judea. No está en sus manos decidir sobre lo que será su vida en el tiempo venidero.

Estos días, muchos judíos se sienten inquietos, descolocados ... impotentes en su propia tierra prometida; de nada sirve rebelarse. Sobre ella flota una mezcla de indignación, temor y resignación. Son tiempos duros, sombríos; quizá como los que estamos viviendo nosotros. En este momento nace Jesús: **Dios ha elegido estar al lado de los hombres como “uno de tantos”** (Flp 2, 6); compartir nuestro camino, para iluminarlo y sostenernos.

“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; hablad al corazón de Jerusalén; gritadle que se ha cumplido su servicio” (Is 40, 1-2). Las palabras del profeta Isaías resuenan, entonces, en el corazón de tantos israelitas de fe sencilla, como los de María y José, que saben que Dios, *“el que te consuela”* (Is 51,12), siempre escuchó el dolor de su pueblo, salió a su encuentro y estuvo a su lado, protegiéndole con amor de padre y ternura de madre. Y **su promesa del Mesías enciende su esperanza**. También para ti, para nosotros, en esta Navidad algo ensombrecida. Él conoce nuestro dolor, escucha y comprende nuestras inquietudes, nos habla al corazón y conforta nuestra fragilidad. Confíale tus desasosiegos, preocupaciones y temores; acoge su consuelo; y deja que brote en ti la Esperanza del Mesías.



“Se cumplirá...”

Esta noche, en el cielo titilan las estrellas, sobre la colinas de Judea. Su brillo es tenue pero constante; y permite orientarse, como la Luz que ha guiado a María y a José hasta la cueva de Belén. Este portal nos habla de **un relato de la primera Navidad más real**, menos dulce de como lo hemos conservado en nuestro imaginario común.

El nacimiento de Jesús es la historia de una pareja de novios jóvenes de Nazaret. Ella, antes de convivir y compartir la intimidad con su enamorado: José, está embarazada. Y él se encuentra en el dilema de acoger o repudiar, como dicta la Torá, a la joven que ama y a un hijo que no es suyo. Cerca de cumplirse el tiempo para el parto, el joven matrimonio emigra hasta la ciudad de origen de José, obligado por el mandato legal del imperio extranjero que domina Israel. Y allí, casi a la intemperie, en un rincón prestado de un establo, donde son cobijados los animales, María da a luz a su hijo, porque se les han cerrado todas las puertas.



Sin embargo, con la cooperación de María y de José, **la Vida se ha abierto paso** en medio de este escenario desfavorable, para obrar la salvación de Dios, como una luz que vence a las tinieblas. Al fin, sus ojos contemplan al Niño alumbrado.

Esta noche, ambos recuerdan aquella voz del ángel con la que empezó este Misterio, que les ha traído hasta aquí. María siente que la presencia de Dios que le fue anunciada: *“Alégrate, ... el Señor está contigo”* (Lc 1, 28), se hace ahora más intensa; la alegría le desborda. Entonces escuchó, asimiló y acogió la Palabra; respondió *“Hágase*

en mí como me has dicho” (Lc 1, 38). Y confiada, **dejó que Dios obrara en su vida** lo que parecía imposible. Con esa misma fe, José venció el miedo para hacer lo que Dios le pedía: “acogió a su mujer” y a “la criatura que hay en ella (que) viene del Espíritu Santo” (Mt 1, 20). Este Niño se llamará “Jesús” porque “Dios salva”, musita ahora José, con el chiquillo ya en sus brazos. Y María le dice “amén” con su sonrisa.



Esta salvación es su esperanza. La sostiene su fe, como le recalcó Isabel, la prima de María, cuando le visitó para ayudarla en su ya inesperado embarazo: “Bienaventurada tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 45). Esta esperanza ha iluminado su camino de Nazaret a Belén. Les ha permitido perseverar, **al mirar todo con otros ojos:** los de Dios, sin caer ante la adversidad en una resignación estéril. Conscientes de las dificultades, sin embargo, María y José están atentos a todo lo bueno que les sucede: agradecen tener un techo para el nacimiento, sin lamentarse de que sólo es una cueva con el hedor de los animales; donde hay un pesebre, un comedero para el ganado, acomodan una cuna para el Niño; y no refunfuñan por la presencia del buey y de la mula, que pueden asustar a Jesús, sino que se alegran de que estas bestias calienten al recién nacido con su aliento.

Su actitud abre el paso a la luz de la salvación: su fe en que el Dios de la Vida no les abandonará; su esperanza en que lo que Él les anunció se cumplirá y será fuente de alegría (como verificarán los pastores y los Magos de Oriente); y su amor recíproco y hacia el Niño, que se hace ternura para todos, como memoria de haber sido tratados, en su debilidad, con compasión por el Cielo, a través de la generosidad de otros.

Por ello, sobre la cueva descende la luz. Esa Luz que es el mismo Dios que viene al hombre **con fuerza transformadora.** La Luz que ilumina la noche de Belén y todas las noches de nuestra vida —la presente y las futuras—, pues nos permite mirar nuestra historia con confianza, esperanza y ternura, a la luz de este nacimiento.

Acoge esta luz con estas actitudes, las de María y José. Y saborea las palabras del profeta Isaías que la anuncia: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva a hombros el principado, y es su nombre: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la Paz” (Is 9, 5).



La salvación llega a todos

En la noche de Belén, la luz del Niño vence a las tinieblas y se irradia por doquier, más allá de la cueva donde está la familia de Nazaret. En las proximidades, el agua viva de una cascada se desparrama entre riscos ladera abajo, donde algunas aves picotean los humedales. Próximos, a través de la oscuridad, martillea a cada poco el tintineo de los cencerros, que nos alerta de la presencia sosegada de unos ganados, abrigados entre peñas del frío nocturno.



Ese gran espacio vacío que rodea el portal **se llenará pronto de nuevos protagonistas**. La luz de Dios, la luz del Mesías, alcanzará primero a los pastores; luego, a los Magos de Oriente; y finalmente, a todos nosotros. La salvación se ofrece a todos; nadie queda excluido.

Los pastores, los últimos de entonces, *“pasando la noche al aire libre”* (Lc 2, 8) son conscientes de su fragilidad, están emparentados con la incertidumbre; han hecho de la intemperie su hogar. *“Velaban por turno toda la noche sus rebaños”* (Lc 2, 8). Inmersos en la inseguridad de las tinieblas, atentos a lo que acontece, les une el vínculo del cuidado y la esperanza del Mesías; **creen en la Promesa**, en que Dios la cumplirá sin reservas, como siempre hizo con Israel.

Los Magos de Oriente, sabios extranjeros en Judea, han escudriñado el cielo y caminado desiertos, buscando al *“rey de los judíos que ha nacido”* (Mt 2, 1). Les une este itinerario vital tras un *“porqué”* fiable, y barruntan que **la respuesta a sus inquietudes está cerca**. Su fe en la Escritura profética sobresalta a Herodes y a toda Jerusalén.

A todos ellos les alcanza la Luz de Belén: a los pastores, *“la gloria de Dios les envolvió de claridad”* (Lc 2, 9); y los Magos han *“visto su estrella”*, que les guía (Mt 2, 2). Una luz, que les conducirá hasta el Niño. Tras su esperanza y su fe está **la iniciativa divina que nos busca primero**. Porque la inclinación amorosa y misericordiosa de Dios hacia los hombres es tan grande que quiere participar de cerca no sólo de nuestra historia feliz, sino también de nuestra historia desgraciada, para tomarla sobre sí y hacerla historia de salvación para todos.

Y participa haciéndose niño. **El Niño es el signo que manifiesta la Luz de Dios**: *“Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (Lc 2, 12). Como niño, Dios se nos entrega confiado, se abandona en nuestras manos. Como a los pastores y a los Magos de Oriente, la luz grande de Dios que ilumina nuestras tinieblas, sólo puede **ser acogida con la confianza, la esperanza y la ternura** que suscita un recién nacido. Y esta acogida, orienta nuestra mirada hacia la Luz del amor de Dios, moviliza, nos pone

en marcha: *“Vayamos a Belén —se dicen los pastores— veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado”* (Lc 2, 15); *“La estrella que habían visto salir (los Magos) comenzó a guiarles hasta pararse encima de la casa donde estaba el niño”* (Mt 2, 9).

Ante el Niño Dios, **la única respuesta es adorarle**, *“con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser”* (Mc 12, 9). Los pastores y los Magos de Oriente reconocen que están ante el Mesías, ante el Señor; porque el Niño Jesús es la esperanza cumplida, la respuesta encontrada. Adorar es la reverencia del corazón. Es amarle como confiesa la “Shemá” de Israel: expresando la fe en el único Señor y en su cuidado. Y junto a ello, *“amando al prójimo como a ti mismo(...) para heredar la vida eterna”* (Lc 10, 25).

Adorar desata en ellos la alegría: *“se admiraban de lo que (los pastores) contaban”* (Lc 12, 9); y los Magos *“se llenaron de inmensa alegría”* (Mt 2, 10). No una alegría superficial, forzada; ni siquiera la que da lograr compensaciones. Es **el gozo que sólo Dios puede dar** para alcanzar la plenitud. La que se va gestando, a fuerza de esperanza, en sequedades y batallas cotidianas, para fecundar la vida.



Por eso, esta adoración **se traduce en entrega**. La tradición cristiana ha retratado siempre a los pastores ofreciendo al Niño alimentos, pieles, corderos... sus haberes imprescindibles. Y ha conservado la costumbre de entregar regalos en Navidad, como hicieron los Magos de Oriente: *“abriendo sus cofres, le ofrecieron (al Niño): oro, incienso y mirra”* (Mt 2, 11); como rey, como Dios, como hombre.

Con el nacimiento de Jesús, en lo exterior, la vida discurre como antes de su llegada: reímos y lloramos, sanamos y enfermamos, nacemos, vivimos y morimos. Pero para quien acoge y adora al Niño se ilumina la vida, cambia el sentido de cada acontecimiento, cambia el horizonte y la perspectiva; y la fuerza con la que se vive. **Y entonces, cambia todo**. Iluminada, la vida se renueva para caminar con ánimo: se llena de confianza porque todo puede tener un sentido, todo dolor queda empapado de esperanza, y la ternura construye unas relaciones nuevas. Por ello, los pastores *“se volvieron dando gloria y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído”* (Lc 2, 12); y los Magos de Oriente *“se retiraron a su tierra por otro camino”* (Mt 2, 12).

En estos tiempos más sombríos, esta Navidad deja que la luz del Niño se irradie también sobre ti, para **vivirlos como historia de salvación**. Que tu respuesta sea adorarle, *“con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser”* (Mc 12, 9). Enciende tu alegría y entrégale como presente tu persona, **para encender la Esperanza en los demás**. Y alégrate con las palabras del profeta Isaías: *“El páramo y el yermo se regocijarán, se alegrará la estepa y florecerá (...) Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los inquietos: Sed fuertes, no temáis. ¡He aquí vuestro Dios! Viene en persona y os salvará”* (Is 35, 1-4). **¡Feliz Navidad! ✨**



*“Hemos visto su **estrella** y venimos a adorarlo”*
(Mt 2, 2)